

unidense, y en "Quimera Foro" las conferencias sobre problemas culturales que esta revista va a realizar mensualmente. Otras noticias interesantes, entre otras, son las del II Festival Iberoamericano de Teatro próximo a celebrarse en Bogotá y la de los libros de ficción y no-ficción más vendidos en 1989.

Algunos de los artículos publicados en *Quimera 2* son: "Checoslovaquia 198(4)9" de Milan Simecka que trata del proceso de traducción de *George Orwell*, la persecución bajo el régimen comunista y el encarcelamiento que el traductor (autor de este artículo) tuvo que padecer por este trabajo. "La maleta alemana de W. H. Auden" de Ulyses D'Aquila es sobre el contenido (bio)-literario de la maleta 'perdida' del poeta angloamericano. En "Cela ante el Santo Oficio del pudor", Alfredo Iriarte hace una defensa del lenguaje de la obra de Cela y en "Mujeres y las palabras", Elene Kolb examina la limitada escritura femenina o la falta de ésta en el mundo antiguo clásico, la Edad Media y el Renacimiento. En "Silva nuestro contemporáneo", Darío Jaramillo escribe sobre la carencia de datos biográficos y los mitos que este hecho generó alrededor del gran poeta colombiano; y en "Balance", Alvaro Pineda Botero hace un balance de la novela colombiana de los ochenta y nombra a los diez escritores más representativos de la década. Por otra parte, *Quimera 4* incluye: "Conversaciones con Guillermo Cabrera Infante" de Orlando Iriarte, donde la conversación gira alrededor del elogio al juego, la crítica de la crítica y la reivindicación del artículo como género literario. "El debate de la postmodernidad (Beckett muere)" de José María Oviedo es un análisis de la obra del dramaturgo irlandés y la sitúa dentro del contexto 'reduccionista' postmoderno. "Más o menos" de John Barth es un estudio del 'Minimalismo' literario actual, la nueva corriente literaria. Y "El matrimonio y otros vínculos sorprendentes" de Marilynne Robinson y "Carver: cuentos del primer mundo" de Juan García Ponce tratan de la cuentística del estadounidense Raymond Carver, el 'Maestro del Nuevo Cuento Americano' y 'protagonista del Minimalismo'. La mitad de la revista contiene artículos, y los artículos sobre autores y temas extranjeros son traducciones.

Quimera. Edición Latinoamericana no sólo ofrece al lector un panorama actual de la literatura latinoamericana sino también uno de la literatura mundial. Además, es una publicación que de principio a fin capta la atención y el interés del lector por su temática variada y por la colaboración de destacados articulistas internacionales. Esta edición es de gran calidad literaria y editorial y una fuente de información indispensable.

Evelio Rosero-Diago

Papá es santo y sabio

Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1989,
55 págs.

J. E. Jaramillo Zuluaga
Denison University

Es un joven escritor colombiano. Ha escrito sus historias en circunstancias contradictorias: un país que se descuaderna, un transitorio auge del mercado editorial y una suposición fructífera: la idea de que escribir es menos una gracia inmerecida que un oficio arduo y de dudosos beneficios. En menos de seis años, entre 1984 y 1989, ha publicado una trilogía novelística (*Mateo solo, Juliana los mira y El incendiado*), una obra dramática (*Helena quiere un café*) y una colección de relatos (*Cuento para matar un perro y otros cuentos*). La breve novela que aquí se reseña consta de unos veinte monólogos interiores que narran los amores de Miriam, una joven campesina que ha sido embarazada por su padre y su hermano.

Es una historia de gente sencilla y humillada. El padre es un déspota al que los hijos deben obedecer en todos sus caprichos: cuidar de sus semillas, socorrerlo en sus necesidades fisiológicas y satisfacerle sus deseos sexuales. El padre es el centro en la vida de sus hijos. "El es santo, él es sabio", dicen ellos como en una letanía a lo largo del relato.

La veneración que el padre inspira en sus hijos parece no tener más sombra que la de un vago resentimiento. Edmundo, el hijo menor, imagina una vez que su padre arde en el fuego (40); Marcos, el hijo mayor, se ofusca al pensar un instante que pueda no compartir la fe de su padre en las semillas (43); y Miriam, al final, no olvida sentir agradecimiento hacia su padre en el momento en que se entrega a su enamorado Pedro (54).

Los monólogos interiores convienen a la sencillez de los personajes. Su modelo puede encontrarse en ciertas páginas de William Faulkner, de Juan Rulfo y, dentro de la literatura colombiana, en algunos relatos de Alvaro Cepeda Samudio, de Arturo Alape y de Roberto Burgos Cantor. Estos monólogos tienen dos características. En primer lugar, están escritos en un estilo reiterativo que simula las reiteraciones del discurso oral. En el monólogo que abre la novela, por ejemplo, Miriam desea que su padre le permita tener relaciones sexuales con Pedro:

Así —dice— podré mentirle a Pedro que ese hijo es de los dos, después de que los dos estemos como sólo dos pueden estarlo, claro, porque Pedro y yo nunca hemos estado, no hemos estado nunca, y después de que estemos... (12).

En segundo lugar, los monólogos expresan las preocupaciones más inmediatas de los personajes. Dice la hermana de Pedro:

Aún no comprendo por qué me correteó Pedro. La primera vez que lo hace. Él ha cambiado, él se la pasa mirando la colina como si estuviera pendiente de irse al primer llamado de una voz que yo no escucho. Y ya se ha ido. Llevándose mi pavo. El pavo era mío. Pero no rechisté nada, por nada Pedro me dice que yo siempre rechisto. Aunque es mejor rechistar que cambiar como él ha cambiado, se le han ido los ojos. Ya no le importa a Pedro que la tinaja de melaza comience otra vez a llenarse de moscos (16-17).

Tanto la reiteración constante como la referencia a los asuntos más inmediatos, reducen los monólogos a los límites del tiempo

presente. En consecuencia, los personajes no pueden historiar su propia vida ni proponer una reflexión o una solución cabal al círculo de humillación en que se encuentran. Tal es la poética de la enajenación que gobierna la novela de Rosero-Diago. Sus mejores monólogos son aquellos en los que el personaje se limita a enunciar las cosas que lo rodean o los sentimientos que lo atraviesan (por ejemplo, el monólogo de Edmundo); y por el contrario, sus monólogos menos logrados son aquellos en los que el personaje toma distancia con respecto a los sentimientos y las cosas e intenta articular una reflexión sobre ellos (en este sentido, cabe preguntarse si los monólogos de Pedro son realmente necesarios). El balance es, en cualquier caso, positivo. Si la novela de la violencia cedió muchas veces a la facilidad del testimonio y del grotesco, la novela de Rosero-Diago manifiesta esa conciencia del lenguaje que los años le han dejado a nuestra tradición literaria. La violencia que hay en sus páginas tiene la forma de un resentimiento contenido, soterrado y por momentos lírico.

Juan José Hoyos

El cielo que perdimos

Bogotá: Planeta, 1990.

Alvaro Pineda-Botero

Juan José Hoyos (Medellín, 1953) había publicado la novela *Tuyo es mi corazón* (Bogotá, Planeta, 1984), obra que logró cierta resonancia en su momento y que fue llevada a la televisión. En ella se narra la vida de adolescentes de barrios de clase media en Medellín, como Aranjuez y Manrique, y de sus familias recién llegadas de los pueblos. En estos barrios periféricos, las actividades se desarrollan dentro del grupo familiar o de vecinos. Es un